

www.librosaguiar.com

Empieza a leer... x x x x x x

XI. <i>Conclusiones de un forense sobre la crucifixión y la resurrección de Jesús</i> .....	209
Bibliografía .....	215



## **Nota del autor**

### **Supervivencia tras la crucifixión**

#### **A propósito de un caso**

El conocimiento científico siempre ha estado rodeado de casos, situaciones y circunstancias que se apartan de la norma y de la media. Estos elementos de la casuística en ningún momento han sido arrojados del campo del saber, ni incluidos en una categoría especial de «casos increíbles», bien porque rayen la parte más baja de «lo imposible» o porque se aproximen por la zona más elevada de «lo extraordinario». La ciencia siempre ha buscado el conocimiento y éste ha llevado a considerar las diferentes formas de presentarse y las variaciones que las distintas manifestaciones pueden adoptar, sobre todo en cuestiones en las que las referencias no parten de la generalidad, sino de lo individual o particular. Todas las manifestaciones infrecuentes, excepcionales, raras, difíciles, complejas... han sido consideradas como parte del acervo científico para aprender a partir de ellas y, así, aumentar el conocimiento. Y para conseguir este objetivo han tenido que ser compartidas a través de comunicaciones y publicaciones científicas bajo la denominación general de «a propósito de un caso».

Las razones que habitualmente llevan a compartir estos casos giran alrededor de elementos como la presentación de características inusuales, la comunicación de información nueva, apoyar hipótesis y planteamientos previos basados en una casuística baja, y estimular la investigación sobre el tema en cuestión. Las publicaciones se suelen centrar en estos aspectos: los diagnósticos, terapéuticos o educativos, y la orientación, que puede ser retrospectiva o prospectiva.

Un estudio sobre la crucifixión, a pesar de la amplia casuística referida en la documentación histórica, cuenta con la limitación del escaso número de ejecuciones documentadas; de hecho, quizá la única que dispone de datos suficientes sobre algunas de sus características es la de Juan, el hijo de Haggol, conocido como el hombre de Giv'at Ha-Mitvar. Pero si, además, el estudio se centra en la supervivencia de la persona crucificada, la casuística se ve aún más limitada. Sólo el caso recogido por Flavio Josefo, en el que, tras reconocer personalmente a tres prisioneros entre un amplio grupo de crucificados y pedirle a Tito que los liberara, uno de ellos lograra sobrevivir, aparece como demostración de una situación muy infrecuente.

Todos estos antecedentes nos sitúan ante un escenario yermo de conocimiento, y sobre él se presenta el caso de Jesús de Nazaret, donde determinados elementos presentes en el lienzo que envolvió el cuerpo muestran signos compatibles con la supervivencia de la persona crucificada.

Sin duda se trata de una situación extraordinaria que no puede ser descartada por su excepcionalidad, por lo que habría que hablar de «a propósito de un caso» con una orientación educacional desde un planteamiento retrospectivo. El caso no puede ser desechado ni por la *imposibilidad* rígida del exceso de racionalismo, ni por la actitud abierta a determinadas argumentaciones que la situarían dentro de lo sobrenatural. Su interés reside en esa excepcionalidad que lo caracteriza, a partir de la cual se puede contribuir al conocimiento científico y al análisis de los acontecimientos históricos, no desde la norma, sino desde los factores particulares del caso.

La consecuente limitación de hechos infrecuentes, extraños o raros no debe alejarnos del campo del conocimiento, todo lo contrario, debe estimularnos para integrarlos y entender lo extraordinario de las cosas simples que nos rodean, la maravilla de romper con las dudas desde la sencillez, y la humildad de quien acepta el conocimiento como un proceso de conquista gradual.

En el libro *42 días* realizamos un análisis forense de la crucifixión y resurrección de Jesús de Nazaret a partir de la Sábana Santa, que en cierto modo fue tomada como un indicio que, según la documentación histórica, estuvo en el lugar de los hechos cuando éstos ocurrieron. La conclusión obtenida es que el hombre envuelto por el lienzo estaba vivo tanto por la ausencia de signos que indicaran que había fallecido como por la presencia de signos de vitalidad.

Esta conclusión, como explicamos, no venía a cuestionar ni a criticar unos planteamientos religiosos nacidos de la vivencia de que realmente se había producido un hecho sobrenatural en la resurrección de Jesús, simplemente aportaba una nueva referencia para que pudiera ser analizada en un contexto más amplio que no abandonara del todo el plano racional.

Mi percepción es que así fue entendido y, con independencia de quienes lo han interpretado como un ataque y de quienes lo han utilizado como un argumento arrojadizo, algo inevitable cuando se anteponen las posiciones individuales a la reflexión compartida, considero que el libro cumple con la aportación de nuevos elementos para continuar el estudio y el conocimiento de unos hechos quizá demasiado lejanos en el tiempo y demasiado cercanos en los sentimientos.

Este nuevo libro, *La mano del predicador*, nace de 42 días para continuar el estudio de las conclusiones obtenidas en él, y aportar nuevos elementos que puedan hacer decantarse por una de las tres posibilidades apuntadas tras la constatación de supervivencia: que muriera en un tiempo próximo a la crucifixión, que lo hiciera semanas después o que su vida se prolongara un periodo de tiempo mayor.

La hipótesis de partida es que un hecho como la resurrección no pudo quedar reducido a las referencias que aparecen en los evangelios, ni por la trascendencia de su significado, ni por el impacto social que debió causar, ni por la brevedad de los relatos que lo describen, ni por la falta de homogeneidad en la forma de recogerlo de los cuatro evangelistas. Con independencia de que dependiendo del grupo social que las valorara se viviera como realidad o ficción, las manifestaciones de los seguidores de una persona que protagonizó los hechos más relevantes de una semana de Pascua que finalizó con su detención, tortura y crucifixión no pudieron pasar inadvertidas para las autoridades romanas y judías, así como tampoco la reacción de éstas. Y no lo hicieron.

*La mano del predicador* se centra en el estudio y el análisis de este nuevo escenario, y para ello recurre a un elemento objetivo que aparece repleto de contenido y significado: el arte, y dentro de él al Pantocrátor del monasterio de Santa Catalina, situado en el Sinaí. A partir de él se ha ido recomponiendo el hilo de unos acontecimientos que quedaron atrás y que, en cierto modo, tuvieron que ser ocultados para que el pasado no fuera un obstáculo para el

futuro. Todo ello se ha hecho gracias a piezas dispersas y fragmentadas hasta conseguir una imagen que, si bien no es del todo diferente a la contemplada de forma tradicional, sí vuelve a abrir el contexto de significado para contemplar las referencias racionales junto a las explicaciones sobrenaturales que han estado históricamente presentes, no para atacarlas o cuestionarlas, sino para complementarlas.

De nuevo se podrá considerar como un ataque y ser criticado por ello, pero no lo es, lo cual no significa que no pueda ser cuestionado sobre la base de los elementos utilizados para construir la argumentación desarrollada, pero sería injusto hacerlo sobre la idea de una intencionalidad inexistente.

En cualquier caso, adelanto dos referencias que han de ser tenidas en cuenta a la hora de plantear cualquier valoración en este sentido. Por un lado, quienes consideran que las explicaciones científicas o racionales no tienen lugar en un tema como la resurrección de Jesús pueden resolver cualquier debate sobre los elementos individuales (características de la imagen de la Sábana Santa, elementos de las manchas de sangre, posición del cuerpo, presencia de rigidez...) con un argumento sencillo. Si la acción sobrenatural pudo devolver la vida a un cuerpo fallecido, más simple es que los signos inertes que lo acompañan adquieran características vitales, con lo cual la discusión quedaría cerrada. Y, por otro lado, hay que insistir en la importancia de no confundir, tampoco en esta ocasión, el plano científico con el religioso, ni buscar reforzar o cuestionar alguno de ellos desde el otro; ni la ciencia da respuestas religiosas, ni la religión forma parte de la metodología científica, y por ello no puede fundamentarse en aquello que la ciencia no es capaz de demostrar, del mismo modo que la ciencia no puede cuestionar una religión porque demuestre algo vivido e interpretado de forma diferente desde las creencias y los sentimientos.

## El día 43

Nunca se regresa al lugar de partida, siempre hay algo que ha cambiado en él durante la ausencia, o es la propia persona que regresa la que ha sufrido algunos cambios que hacen del reencuentro algo diferente. A veces, sencillamente, nunca se regresa o ya no se vuelve del todo.

Algo así debían de pensar los apóstoles en su regreso a Galilea, no sólo por lo vivido junto al maestro hasta su arresto y crucifixión, sino, sobre todo, por lo sucedido durante los últimos días. Y quizá por ello, a pesar de ser conscientes de que nunca más volverían para quedarse a una Galilea que les resultaba extraña, y que con mucha probabilidad ése iba a ser el último viaje que hacían juntos, en lugar de ir charlando sobre los proyectos, sobre cómo se lo dirían a las familias o, simplemente, sobre la experiencia de estos días, el silencio había tomado la palabra para hacer de él el discurso de una reflexión.

Silencio, parecía como si estuvieran reservando fuerzas para poder cumplir la misión que se les había encomendado, hablar, hablar y hablar; predicar la palabra de Jesús, darla a conocer allí donde fueran. Pero de momento seguían camino de Galilea y juntos, en silencio, sí, pero todos caminando en grupo.

Aún no podían creerlo del todo, Jesús estaba vivo, había resucitado, lo habían visto y se habían encontrado con él varias veces en casa de uno de los del grupo de José de Arimatea. Habían observado sus heridas, incluso Tomás Dídimo las había tocado, y eran aún peor de lo que habían imaginado, pero estaba vivo y les dijo que debían continuar con su obra, con su mensaje, con su predicación... por todos los lugares.

Las dudas de Tomás se habían disipado sobre la realidad de la resurrección, los apóstoles ya no cuestionaban que Jesús había ven-

cido a la muerte, pero ahora las dudas, también el miedo de la intranquilidad, del conocimiento, los hacían vacilar sobre ellos mismos, sobre sus vidas. Y conforme entraban en esa espiral descendente, como si llegara un momento en que el pensamiento tocara un resorte en el mundo de las emociones, experimentaban una especie de alegría súbita que los llevaba a comentar cualquier cosa intrascendente para romper el silencio que, como si se tratara de una capa común a todo el grupo, los envolvía.

El maestro estaba en lo cierto: el fin del mundo se aproximaba y debían comunicarlo a sus familias y a todas las personas que quisieran incorporarse al grupo. La parusía, la segunda venida de Jesús, sería el encuentro eterno, la eternidad al fin encontrada.

Jesús no se hallaba con sus apóstoles, la esperanza era el reencuentro con él y la certeza de que se produciría estaba en haberlo visto vivo después de contemplarlo, desde la distancia y entremezclados con la gente, en la cruz. Allí lo dejaron el viernes, justo antes de la fiesta de Pascua, y el domingo ya no estaba en el sepulcro; les avisaron las mujeres de que la tumba se encontraba vacía, por eso en lugar de salir y anunciar la buena nueva se ocultaron aún más, para que no los acusaran de haber robado el cuerpo. Y tanto lo hicieron que hasta al propio José de Arimatea le resultó difícil dar con todos ellos, pero, cuando lo hizo, todo el miedo a morir como él a manos de los romanos se transformó en inquietud y cierta incredulidad: el maestro estaba vivo.

Los encuentros se repitieron varias veces durante esas primeras semanas, hasta que Jesús se marchó dejándoles una misión que culminaría en un nuevo reencuentro, que ya sería para siempre.

En el libro *42 días* dejamos abiertas tres posibilidades a la evolución de las lesiones que había sufrido Jesús de Nazaret. La gravedad de las mismas, por un lado, podía haber dado lugar a una muerte relativamente próxima a la crucifixión; por otro lado, las alteraciones padecidas podrían haber evolucionado de forma más lenta, lo que prolongaría la supervivencia durante un periodo de tiempo más largo, pero acabaría finalmente en el fallecimiento debido a las complicaciones; y la tercera opción sería que las lesiones y posibles complicaciones que se podrían haber producido terminaron por dejar importantes secuelas, pero sin que supusieran la muerte de Jesús, al menos en un tiempo cercano a los sucesos del Gólgota.

Las referencias que aparecen en el Evangelio, partiendo de la hipótesis del libro *42 días*, muestran algunos elementos que pueden



orientar sobre ciertos acontecimientos ocurridos tras la comprobación de que Jesús estaba vivo.

El primero es el de los encuentros pospascuales, y el segundo, la Ascensión, elementos que sitúan la presencia de Jesús en contacto con el grupo de seguidores en ese periodo de tiempo transcurrido desde la crucifixión y la Ascensión: 42 días que aglutinaron las semillas de lo que sería el movimiento cristiano. Este periodo de tiempo, a pesar de la importancia de los hechos acontecidos durante el mismo y de la trascendencia de su significado, sólo aparece recogido de forma discontinua en los textos, y no siempre de manera uniforme. Los primeros días tras la crucifixión acapararon el protagonismo de los acontecimientos; de hecho, el elemento más trascendente de lo ocurrido, las apariciones, tuvo lugar, fundamentalmente, en la primera semana. El domingo Jesús se aparece alrededor del sepulcro ante María Magdalena (Marcos 16, 9 y Juan 20, 1-8) y ante las mujeres cuando regresaban de la tumba (Mateo 28, 9-10). Por la tarde lo vio Pedro (1 Corintios 15, 5 y Lucas 24, 34). Más avanzado el día, en el camino hacia Emaús, se apareció a Cleofás (Pablo lo llama Cefás) y a otro discípulo que caminaba con él (Lucas 24, 13-35 y Marcos 16, 12), y esa noche tuvo un encuentro en Jerusalén con diez de los once apóstoles al faltar Tomás Dídimo. Al domingo siguiente se volvió a aparecer ante sus discípulos, en esta ocasión con la presencia de Tomás, casi con el objeto de romper su incredulidad al dirigirse directamente a él para que comprobara la presencia de las heridas de los clavos y de la lanza sobre su cuerpo (Juan 20, 26-29). Todas estas apariciones, como se puede observar, sucedieron en la primera semana.

En las Escrituras se recogen otras apariciones sin dar constancia directa del momento en que se produjeron, aunque, al situarlas en Galilea, debieron de ocurrir después de los primeros ocho días. Una de ellas hace referencia al encuentro con siete de los discípulos mientras pescaban en el mar de Tiberiades (Juan 21, 1-22), otra es enumerada por san Pablo al describir el encuentro ante más de quinientas personas, también en Galilea (1 Corintios 5, 6), y algunos autores la identifican con la misma que refiere san Mateo en su Evangelio (28, 16-18). Por su parte, san Pablo también alude a una aparición ante Santiago (1 Corintios 15, 7), aunque es escasamente citada en otros textos, y por último, de nuevo en Jerusalén, Jesús aparece junto a sus discípulos en el momento en que se produce la Ascensión (Marcos 16, 19, Lucas 24, 50-51 y Hechos 1, 3-12)

desde un lugar de la cercana Betania identificado con el monte de los Olivos, justo el día 42 tras su crucifixión en el no muy lejano monte del Gólgota, situado al otro lado de la ciudad.

El día 42 finalizó la vida pública de Jesús, aunque después de ese día se han referido otras apariciones o visiones de Jesús, como, por ejemplo, durante la lapidación de san Esteban ante el propio Saulo (san Pablo) (Hechos 7, 55-56) y la de san Juan cuando se encontraba en la isla de Patmos (Apocalipsis 1, 9-18), si bien la propia descripción de estas apariciones parece tener un carácter más místico que material, al contrario de las descritas con anterioridad a la Ascensión. Quizá la única que sí adquiere un carácter más realista, aunque acompañada de elementos místicos, fue la aparición a san Pablo, entonces Saulo, cuando se dirigía a Damasco en su persecución a los cristianos (Hechos 9, 1-7, y 1 Corintios 9, 1 y 15, 8). Las características de estas apariciones revestidas de misticismo y el mensaje que se manda con ellas y en ellas las hacen diferentes a las anteriores, más cercanas y revestidas de realidad, tanto en la forma de presentarse, mostrando y haciéndose palpar las heridas, como en el contenido del anuncio.

La Ascensión supone el final objetivo de la persona viva de Jesús en la tierra, un final en cuanto a presencia al que sólo hace referencia san Lucas, ningún otro evangelista lo recoge, y que al igual que ha ocurrido con otros pasajes de las Sagradas Escrituras fue tomado de forma literal sin entender su verdadero significado, circunstancia que ha generado ciertas polémicas a lo largo de la historia.

Los Evangelios se escribieron muchos años después de que ocurrieran los hechos que recogen, pero sus fuentes, en gran medida basadas en la tradición oral y en los textos nacidos de ella, habían mantenido en el aire, como si se hubiera tratado de una hoja otoñal empujada de un lado a otro por las corrientes cálidas del viento, que sopla para empujar el paso del tiempo desde la exposición del verano hasta el recogimiento del invierno, la historia de la vida de Jesús y las historias que nacieron de ella junto a sus protagonistas, muchos aún presentes cuando los Evangelios y los textos que los inspiraron vieron la luz. Este hecho impedía que existiera una contradicción frontal entre lo ocurrido según se había transmitido y lo escrito, pues en caso de que hubiera sucedido un conflicto entre lo que pasó y lo que se dijo, la credibilidad del relato habría caído súbitamente al suelo de la indiferencia, como si esa

hoja otoñal hubiera sido petrificada por una corriente de aire gélido adelantada a su tiempo.

Es cierto que el único evangelista que hace un relato de la Ascensión es san Lucas a pesar de contar con la misma fuente escrita que san Marcos y san Mateo, lo cual puede estar relacionado con el carácter pedagógico de san Lucas y con el significado que tenía la Ascensión para la Iglesia original, que la unía a la muerte y resurrección como parte de un mismo significado, sobre todo cuando esa forma de representar el ascenso a los cielos era un recurso que se utilizaba en la época para ensalzar la personalidad que fallecía y para relacionarla con las deidades de sus creencias. Así lo recoge Leonardo Boff tras el análisis del significado de los textos, y concluye que el relato que hace san Lucas de la Ascensión y el del libro de los Hechos (1, 6-11), que describe una ascensión visible y material de Jesús hacia el cielo, elevándose en presencia de los apóstoles y siendo ocultado posteriormente por una nube con la que desapareció definitivamente, se corresponde con un esquema literario utilizado en los textos de la época, tanto en el mundo grecorromano como en el judío, para realzar el final glorioso de un gran hombre.

El mismo Boff trae el ejemplo de Tito Livio, que al escribir sobre el primer rey de Roma, Rómulo, narra lo siguiente: «Cierta día Rómulo organizó una asamblea popular junto a los muros de la ciudad para arengar al ejército. De repente irrumpe una fuerte tempestad. El rey se ve envuelto en una densa nube. Cuando la nube se disipa, Rómulo ya no se encontraba sobre la tierra; había sido arrebatado al cielo. El pueblo al principio quedó perplejo; después comenzó a venerar a Rómulo como nuevo dios y como padre de la ciudad de Roma» (Liv I, 16). Escenas de este tipo aparecen narradas en los textos de la Antigüedad referidas a personajes como Heracles, Empédocles, Alejandro Magno o Apolonio de Tiana. Incluso en el Antiguo Testamento también aparecen hechos similares, como el arrebato de Elías descrito por su discípulo Eliseo (2 Re 2, 1-18) y la ascensión de Henoc (Génesis 5, 24).

El esquema literario utilizado por san Lucas no fue considerado por la Iglesia hasta el siglo IV. Hasta esa fecha la Resurrección conllevaba la Ascensión en el sentido de entender que la primera suponía llegar al Padre sin necesidad de pasar por una etapa intermedia durante los 42 días transcurridos entre una y otra. Ése es el sentido recogido por san Marcos, san Mateo y san Juan en sus Evangelios, y la concepción mantenida por la Iglesia hasta el siglo IV.

Sin embargo, a partir del siglo V la celebración conjunta de la Pascua y la Ascensión se modificó y la liturgia pasó a celebrar de manera independiente ambas fiestas siguiendo la escenificación del relato lucano.

La interpretación de los acontecimientos alcanza un significado que necesita ser revestido de realidad para hacerlo accesible y comprensible para las personas que buscan una respuesta en esos hechos, algo propio en cualquier iniciativa pedagógica y muy propicio en unas circunstancias en las que las limitaciones culturales se veían agravadas por las imposiciones de las ideas y las creencias predominantes. No se trataba de una falsificación de los hechos, sino de representar unos sentimientos y unas creencias dentro de las dimensiones de la realidad, algo que necesariamente exige recurrir a lo extraordinario para poder encajar un significado tan trascendente dentro de unos límites tan estrechos.

La interpretación que después se hizo de los primeros 42 días tuvo un marcado carácter teológico, que probablemente surgió a partir del día 43, cuando se produjo un cierto distanciamiento físico de Jesús, y los días vinieron marcados por unos encuentros que se movían entre la oscuridad del miedo y el resplandor de su significado. Una oscuridad forzada por la necesidad de permanecer ocultos ante las posibles represalias romanas por lo ocurrido, y ahora agravadas por la desaparición del cuerpo de Jesús, y buscada para poder desplazarse en la noche al encuentro del maestro allí donde convalecía de las lesiones.

En esos momentos, a pesar de la oscuridad en sus vidas y de la confusión reinante, los hechos eran claros: Jesús había sido crucificado y estaba vivo. Después la historia ha mostrado cómo hubo un tiempo de convivencia discontinua en los encuentros postpascuales y una separación de sus discípulos, ya claramente identificados como apóstoles por la misión encomendada.

Esta situación, dada la trascendencia que ha tenido para el nacimiento del cristianismo, tuvo que dejar una profunda huella en el primer grupo, sobre todo en lo emocional, para ser ésa la fuerza que ha acompañado el caminar de la Iglesia en el tiempo, pero también en lo material, en lo concreto del día a día de aquellos primeros cristianos, incrédulos sobre el presente y creyentes en el futuro. Y si bien es cierto que la huella más profunda puede desaparecer fácilmente dependiendo de las características del terreno y de las inclemencias que haya tenido que soportar, también es

verdad que resulta muy difícil que esos factores puedan borrar por completo hechos resguardados por las capas de los sentimientos.

Eran tiempos vividos para ser recordados, también para ser compartidos, de ahí que el testimonio y el relato tuvieran que hacer de ellos algo permanente, sin que significara que tuviera que ser invariable.

Tras la crucifixión y la constatación de la vida de Jesús cabían tres posibilidades, tal y como hemos apuntado: la muerte cercana a los hechos, la muerte diferida derivada de las complicaciones de las importantes lesiones sufridas, o bien que se hubiera producido una supervivencia mayor, pues la muerte no suponía un cambio en el significado de los acontecimientos que se vivían en esos momentos al haberse distanciado de ellos en el tiempo.

1. *La muerte cercana a la crucifixión* y al traslado al sepulcro del Jardín de Joseph no parece probable por los acontecimientos históricos vividos y descritos en los Evangelios, centrados en los encuentros postpascuales y explicados con detalle, aunque no de forma exactamente igual, los cuales indican que la vida de Jesús se prolongó como mínimo una semana.

Junto a las referencias descriptivas de esos momentos está el significado del hecho en sí, la mayoría de los autores coinciden en que el movimiento cristiano se formó y tomó tanta fuerza desde el principio debido a la vivencia de esos acontecimientos ocurridos tras la Pascua del año 30, hechos que no pudieron limitarse a la constatación de la supervivencia de Jesús tras la crucifixión y su fallecimiento días después, sin que no se produjeran otros encuentros que permitieran organizar, quizá sin ser conscientes de lo que nacía, el inicio de la cristiandad. El hecho en sí de ser testigos de un Jesús vivo tras la crucifixión habría sido suficientemente impactante como para marcar a sus discípulos, pero el encuentro con un maestro prostrado y ausente sólo habría servido para que el recuerdo fuera más emotivo, pero no habría superado el límite del pasado cuando lo que de allí surgió fue un futuro completamente nuevo.

2. La segunda posibilidad es que el *fallecimiento de Jesús se hubiera producido un tiempo después* de haberse desarrollado los hechos de la semana de Pascua. Esta hipótesis tiene como principal referente el Evangelio de san Lucas al describir la Ascensión de Jesús y situarla 42 días después de la crucifixión. También cuenta como segunda referencia con la constatación de la relación de Jesús con sus discípulos en los distintos encuentros tras la Pascua. Si bien esta

relación tuvo que ser más duradera y prolongada que las breves ocasiones que se describen en el Evangelio, de alguna manera tuvo que verse limitada por las circunstancias políticas del momento. Tanto Jesús como sus discípulos corrían el riesgo de ser descubiertos y sometidos a la acción de la justicia por el antecedente del juicio y la condena de Jesús, antecedente que debía hacer entender que cualquier acontecimiento que los llevara a ser descubiertos por los romanos tendría graves consecuencias para ellos.

La prolongación del tiempo de supervivencia tras los hechos que dieron lugar al shock traumático sufrido por Jesús pudo permitir una recuperación mayor para hacer del contacto con los suyos algo más que un encuentro pasivo dirigido a comprobar el estado del convaleciente, y, de este modo, hacer posible una comunicación que recuperara el mensaje anterior a la llegada a Jerusalén para darle continuidad bajo la experiencia de lo ocurrido.

Quizá esta situación fue la que hizo nacer en sus discípulos el fuerte convencimiento de la fe y permitió que entendieran como una necesidad hacerla llegar allí donde quisiera ser oída para transmitir las palabras de Jesús, y pedir la conversión ante la próxima y definitiva venida. Esta situación difícilmente se habría alcanzado en el primer escenario con una muerte cercana a los sucesos de Pascua.

Sin embargo, hay algunos factores que introducen dudas para la aceptación de una situación como la descrita. Si Jesús sobrevivió a la condena a muerte en la cruz, pudo recuperarse y dirigirse a sus discípulos para, de alguna manera, continuar con su acción evangelizadora a través de una participación más activa y protagonizada por ellos, y finalmente fallece un tiempo después por las complicaciones de las lesiones, los acontecimientos habrían cobrado una especial intensidad por su significado y por su perfecta delimitación en el tiempo al quedar entre dos sucesos significativos; por un lado, la resurrección o supervivencia y, por otro, la muerte vivida en su presencia, que con independencia de lo dolorosa que habría resultado tras ese tiempo de vida añadido a una muerte segura en la cruz, pues no dejaba de ser el adiós del maestro, también se acompañaba de cierta ilusión al ser vivida como el comienzo del que sería el regreso definitivo para la salvación de todos los creyentes. Esta situación habría supuesto una referencia clave para el grupo y para el comienzo del propio cristianismo; sin embargo, su posibilidad queda resumida en los encuentros pospascuales recogidos en los Evangelios, todos ellos cercanos en el tiempo a la crucifixión, y sólo

uno de los evangelistas, san Lucas, hace referencia a un periodo más prolongado entre la resurrección o supervivencia y su marcha definitiva o muerte, representada en la Ascensión, pero sin más contenido.

Estas circunstancias abren la puerta a la tercera opción.

3. Una tercera posibilidad en la evolución que pudieron seguir los acontecimientos pudo ser la *supervivencia de Jesús durante un tiempo más prolongado*. Una situación de este tipo habría permitido organizar los primeros grupos de cristianos bajo la experiencia postpascual, y el mensaje actualizado de la obra de Jesús, incluso bajo la supervisión del propio Jesús y del núcleo más cercano de sus discípulos, y al mismo tiempo restar trascendencia al hecho material de esos días, semanas o meses transcurridos en comunidad, pues la verdadera importancia no residía en que Jesús estuviera vivo, sino en el hecho de «haber vuelto a vivir tras la muerte en la cruz». Su presencia en esas circunstancias, por el propio mensaje de Jesús, era anecdótica y secundaria de cara a su obra, pues de alguna manera él tendría que irse para volver definitivamente para la salvación.

Una posibilidad como la descrita habría quedado más difuminada que la segunda opción, en la que el periodo de tiempo se concretaba en un espacio corto y entre dos sucesos marcados, y también, conforme el periodo se prolongaba, su vivencia quedaba más caracterizada por la rutina del día a día y los nuevos compromisos apostólicos que por lo extraordinario de los motivos que dieron lugar a ellos. A pesar de que la situación se normalizara bajo las nuevas referencias no es fácil explicar que no dejara huella en los relatos y los testimonios del momento, aunque en ello pudieron influir dos tipos de hechos; por un lado, la necesidad de mantener oculto a Jesús ante la amenaza de la justicia romana de volver a ejecutarlo por no haberse cumplido la sentencia, circunstancia que tuvo que llevarlo lejos de Jerusalén y reducir su contacto a un grupo mínimo de discípulos, y, por otro, la propia interpretación que desde el grupo de discípulos se pudo hacer de esta presencia real y su integración tiempo después en los textos evangélicos con un significado concreto, que es el que ha pasado a la historia.

Es ahí donde el silencio cobra voz para entender esta posibilidad, al igual que es el silencio el que relata otros acontecimientos de la vida de Jesús en el Evangelio. Los Evangelios no son un relato de los acontecimientos, no se trata de crónicas de los diferentes momentos y hechos que concernieron a Jesús y al grupo de

seguidores que lo acompañó, sino de una elaboración tardía en la que los hechos ocurridos adquieren valor por su significado, algo que se proyecta directamente hacia el futuro de su mensaje y supera el pasado del acontecimiento en sí.

Su redacción pertenece a la tradición narrativa que, a diferencia de la discursiva, que busca la literalidad de los hechos incluidos en el relato, pone el acento en la trama de los acontecimientos narrados para hacer de ella la esencia del significado. Por tanto, la lectura de los textos históricos ha de hacerse entre líneas para poder conocer todo lo que incluyen, no sólo lo redactado, y para entender el mensaje que guardaban y la intención perseguida con relación al momento en que fueron escritos y al lugar y los autores de los documentos, pues cualquiera de estas variables les podría dar un sentido distinto en caso de que se intercambiaran por otras.

El análisis sobre las características de lo sucedido tras la crucifixión de Jesús nos aporta dos referencias objetivas. Hay una constatación de que Jesús está vivo y como consecuencia del reencuentro con el maestro se produce una reorganización del grupo de discípulos en un doble sentido; por un lado, material o físico tras la pérdida del contacto después de que los seguidores de Jesús huyeran y se ocultaran cuando éste fue arrestado y, por otro, teológico o apostólico, por el que el mensaje y el sentido de la predicación de Jesús son reorientados a raíz de los nuevos acontecimientos. Y tal y como hemos adelantado, la confluencia de ambas circunstancias exigía una continuidad temporal para su consecución, pues no habría sido posible una reorganización doctrinal por la contemplación de un Jesús vivo y bajo la gravedad del cuadro lesional sufrido, ya que fallece al poco tiempo, ni, posiblemente, tampoco la idea de la resurrección habría supuesto un pilar tan sólido si la vida de Jesús sólo se hubiera prolongado unos días en un estado de postración absoluta. En sentido contrario, la prolongación de la vida permite a su vez una mayor recuperación y una mejor elaboración y transmisión del mensaje de Jesús de forma directa.

Los elementos del relato así parecen indicarlo cuando los propios Evangelios hablan de un tiempo pospascual con la presencia de encuentros puntuales, y con una referencia temporal que alcanza como referencia objetiva hasta 42 días después de la ejecución del Gólgota.

Sin embargo, el análisis de los hechos nos indica que hubo un día 43.